

### 3. LA BATALLA DE LA EMPALIZADA

El olor a sangre comenzó a inundar el ambiente, y los gritos de los combatientes se mezclaban con los quejidos de los heridos. El fragor de la batalla era ensordecedor, pues los orcos chillaban como demonios, con alaridos que quizá significaran algo en su salvaje lengua, pero que a nuestros oídos sonaban como el ulular de monos oóntidas. Los escudos protestaban por el castigo recibido mientras las flechas y virotos silbaban a nuestro alrededor, y algunos chamanes orcos, invisibles entre la espesura, golpeaban grandes tambores con ominoso ritmo.

Las apresuradas lecciones que Caeneras nos había impartido sobre los orcos y sus costumbres no nos habían preparado para tan horrible visión. Eran altos y contrahechos, con la piel oscura y peluda. Sus brazos desproporcionados eran muy fuertes, y sus deformados rostros terminaban en hocicos provistos de afilados colmillos. En efecto eran como un malvado cruce entre un trasgo y un gorila.

Las hordas orcas habían rodeado el campamento excepto por el lado occidental, que quedaba protegido por el mar. Al parecer nuestros enemigos no eran capaces o no estaban dispuestos a intentar penetrar nuestras defensas a nado.

Pronto se mostró acertada la precaución de Duncan de talar los árboles más cercanos a la empalizada, pues los orcos saltaban de rama en rama con agilidad, intentando alcanzarnos con sus arcos cortos o con hondas. El combate a campo abierto nos favorecía, debido a nuestras armas de mayor longitud, espadas largas y alabardas de defensa, y hubiera sido aún más favorable si hubiéramos contado con una caballería en condiciones, pues si nosotros disponíamos de muy pocos caballos el enemigo parecía no tener ninguno.

Nuestras espadas se mostraron efectivas, pues las armaduras orcas constaban básicamente de pieles y cuero endurecido. En cambio nuestras cotas resistían mucho mejor los filos, por lo que pronto dejaron sus cimitarras en las fundas, atacando en cambio con mazas y manguales de terribles cabezas contundentes, que golpeaban rompiendo huesos y machacando cráneos.

Durante un rato la suerte de Amal nos sonrió, y pudimos contener fácilmente los

asaltos a la empalizada, diezmado las primeras líneas orcas con nuestras saetas. Sin embargo pronto empezó a escasear la munición, y algunos hombres recogían flechas orcas para intentar usarlas contra ellos.

En ese momento alguna señal invisible detuvo a los orcos, que retrocedieron algunos pasos, mientras pudimos apreciar como, desde una sombra oculta tras la primera fila de árboles frente a la puerta principal, surgía una bola de fuego que voló rauda por el aire despidiendo chispas hasta que impactó en el portón de madera, que comenzó a arder inmediatamente. Antes de que pudiéramos reponernos varias decenas de orcos corrieron hacia el portón con largas ramas verdes, que utilizaron para empujar los ardientes troncos, ahora liberados de sus ataduras. Rápidamente formamos un semicírculo en torno a la brecha, que se llenó de humo debido a las ramas verdes, pero los orcos no intentaron entrar, sino que se apartaron unos metros.

Entonces algo salió del bosque y corrió hacia nosotros, algo que nos llenó de espanto. Era un pelotón de no más de diez o doce guerreros, pero uno sólo de ellos bastaría para hacer temblar al soldado más curtido. Parecían orcos, pero mucho más altos y con rasgos extrañamente humanos. No vestían armadura alguna, ni siquiera ropa, únicamente pintura añil de glasto cubría sus forzudos cuerpos, y músculos de hierro sobresalían de brazos y torsos. Su pelo ondeaba al viento y sus ojos fulguraban enloquecidos, inmersos en un frenesí de batalla que los alejaba de este mundo. Su arma era el martillo de guerra, y jamás vi uno de tal peso o tamaño. Penetraron por la brecha sin hacer caso a las llamas o las flechas, repartiendo muerte con sus terribles martillos. Los propios orcos los temían, y se mantenían fuera de su alcance, pues estos feroces bárbaros no distinguían amigos de enemigos en su trance de combate.

A duras penas pudimos contener su primera embestida, y tras ellos empezaron a entrar infantes y arqueros orcos por la brecha como ratas en un granero. Aguantamos como pudimos a costa de dejar desguarnecidos los demás flancos, pero si no ocurría algo que cambiara el rumbo de la batalla nuestro destino vendría rápido a nuestro encuentro. Los hombres comenzaban a desfallecer cuando de pronto notamos un resplandor que surgía de algún lugar a nuestra espalda, incrementando su intensidad hasta convertirse en una poderosa luz blanca que cegaba a los enemigos del bien, un faro divino de radiante fulgor. Al principio no pude distinguir su origen, pero al

acostumbrarse mis ojos al brillo pude distinguir a Turanda, el alto clérigo de Eldor, y el brillante medallón que alzaba en su mano, canalizando el poder del dios de la luz. El desconcierto prendió en los orcos que luchaban más adelantados, enfrentados a una intensa claridad que no entendían y que dañaba sus malignas miradas.

Aprovechamos la ocasión para intentar rechazarlos hacia la brecha abierta en la empalizada. En ese momento se unió al combate el príncipe Aldor, que hasta entonces había permanecido encaramado en la gran roca, impartiendo órdenes. Montó en su alazán y galopó hacia los enemigos mientras gritaba “¡Eyneos, honor y gloria!”. Su brazo izquierdo se protegía con el escudo real, el dragón de luna en campo de azur, y en su diestra esgrimía a *Sharnedöre*, la sagrada espada vorpalina. Su largo filo de hierro meteórico brillaba débilmente con tonos azulados, augurando muerte y olvido para sus víctimas.

Como su escudero, yo intentaba seguir los pasos del príncipe mientras protegía los flancos con mi espada y procuraba mantener en alto mi propio escudo. De un fuerte tajo vertical Aldor cortó un oscuro brazo que acababa de golpear su escudo con una burda maza, y lanzándose a continuación desde el caballo por el flanco derecho clavó el acero en uno de aquellos colosos con martillo. Impulsada por la fuerza del salto el arma penetró por la clavícula hasta casi el pomo, como si fuera una daga. El enorme semiorco (pues eso es lo que era, como aprendimos más adelante) quedó de rodillas convulsionándose, y mientras Aldor luchaba por liberar su espada del cadáver lo cubrimos de los enemigos con nuestros cuerpos, animados al ver cómo una de esas grandes bestias que parecían invencibles caía ante el arrojado de un solo hombre. Duncan, el único cuya furia en batalla podía rivalizar con el loco frenesí de los semiorcos, logró abatir a otro con su silbante hacha, que goteaba ya abundante sangre.

En esos momentos una enorme jabalina pasó volando junto a mí y ensartó a un chico que se encontraba agachado justo a mi izquierda. Se trataba de uno de los jóvenes encargados de retirar a los heridos y transportarlos hasta la gran tienda junto a la playa, donde Aasgiron y algunos druidas se afanaban aplicando sus poderes curativos. En el pecho del chico, ahora manchado de sangre, pude ver un águila, el emblema de la casa Ruger. Sus ojos vidriosos me miraban ya sin vida.

Busqué el origen del proyectil y vi a dos ogros de combate, fuertemente guarnecidos de hierro y cuero y con enormes hachas de dos manos, que se acercaban en un trote tambaleante. Con sus brazos, columnas de granito en movimiento, apartaron los desvencijados troncos del portón que les impedían el paso, como quien aparta los juncos al vadear un río, y penetraron en la fortaleza gruñendo. Algunas flechas les golpearon, clavándose una en el hombro del más cercano, pero no parecían causar más que una incómoda molestia en su dura piel. Pese a su colosal fuerza y tamaño, por suerte sus movimientos eran bastante lentos y torpes, lo que los hacía menos mortales que los semiorcos. Aún así hubieron de ser más de dos y de tres las espadas que se hundieron en su vientre hasta que pudimos vencerlos.

La caída de los ogros pareció marcar un punto de inflexión en la batalla. Un bardo entonó fuerte la canción de guerra *Espadas en el valle*, reanimando así la moral de la tropa, y ante nuestras renovadas energías los orcos comenzaron a replegarse. Al poco la retirada se convirtió en huida, y desde el bosque cercano pudimos oír una nueva llamada con los tambores, sin duda intentando coordinar el repliegue.

No intentamos una salida, pues de poco serviría perseguirlos a pie entre la maleza, por lo que Aldor ordenó mantener posiciones formando en orbe. Los heridos fueron retirados para ser atendidos, y los que sólo estaban extenuados se dejaban caer al suelo, con la vista al frente por si sufríamos otro ataque pero con los brazos caídos y el cuerpo rendido.

Así terminó la Batalla de la Empalizada, nuestro primer enfrentamiento con el ejército orco en estas nuevas tierras, el vigésimo octavo día del mes de Amal. Y hasta que hubo pasado un buen rato tras el fin de la lucha no me di cuenta de que estaba herido. Una molestia en el hombro, y al palparme mi mano volvió roja. Quizá mis hombres pensaron que pretendía mostrarles valor, pero la verdad es que el vértigo del combate y el agotamiento me habían impedido percatarme de la herida y del dolor, que ahora acudía intenso al enfriarse el ardor de la batalla. Me tambaleé, y un arquero, Enoras era su nombre, me sostuvo impidiendo que cayera al suelo y me llevó a la tienda donde mi venerado Aasgiron aplicaba vendas, rezos y ungüentos.

En cuanto las tropas hubieron recobrado el aliento Duncan comenzó a dar las órdenes oportunas para la reconstrucción de la empalizada, como medida prioritaria.

Por mi parte, tras vendarme el hombro herido y remitir un poco el dolor gracias a las artes curativas de Aasgiron, me encargué de organizar la recogida de los caídos en la batalla. Aunque había muchos heridos, por ahora sólo habían muerto ochenta y dos hombres, menos de lo que había parecido en un principio. Debían colocarse en plataformas de madera, sujetas con postes, de forma que estuvieran a salvo de las alimañas hasta que pudiéramos oficiar los ritos adecuados. Era una tarea horrible, cargando con cuerpos rotos y desfigurados, pero aún así reconocibles como amigos y compañeros. Sus caras, cuando estaban intactas, mostraban el rostro terrible de la guerra, y permanecieron en mi mente muchas noches. En aquellos momentos llegué a envidiar a Vilent, que se encargaba en cambio de los cadáveres enemigos, monstruosos orcos y ogros. Los despojaban de sus armas y escudos y los cargaban en carretas. Al principio pensamos quemarlos, pero el trabajo de reunir tanta leña y la posibilidad de alertar a otros enemigos con un gran fuego nos hizo reconsiderarlo. Arrojarlos al mar no hubiera resultado práctico, por lo que decidimos transportar las carretas hasta un claro del bosque, que se hallaba bastante alejado, a unos dos kilómetros hacia el norte, y abandonarlos allí para que las fieras se encargaran de ellos. En las caras de los que permanecimos en Ymber pudo verse reflejado el alivio de no haber sido designados para ese fúnebre y arriesgado cortejo hasta las profundidades de la foresta en plena noche. Por suerte hombres y carretas volvieron sin más incidentes.

En cambio sí arrojamos al mar las armas y armaduras de los orcos, para impedir que pudieran recuperarlas de los cadáveres, salvo unas pocas que nos parecieron quizás aprovechables. Los martillos de guerra de los semiorcos fueron conservados en calidad de trofeos, pues ninguno de nuestros hombres tenía la fuerza suficiente para esgrimirlos en batalla, ni siquiera Meris de Valdam.

Esa noche volvió el dolor, y con él las fiebres; la herida debía haberse infectado. Daba vueltas en el lecho sin lograr dormirme del todo, pero sin estar completamente despierto tampoco. Sentía escalofríos a pesar de las mantas y mi mente se retorció con febriles imágenes en las que se mezclaban los rostros de los muertos en la batalla con fantasmas de marineros ahogados. Escapando de mis propios temores retrocedí en los recuerdos, hasta días más tranquilos que, aunque habían transcurrido hacía sólo catorce meses, parecían pertenecer a otra vida distinta.

Vigésimo sexto día del mes de Pamis de 6561

En el sueño estaba yo acodado en la cubierta de la Golondrina y el sol brillaba fuerte en el cielo. Miraba al frente por babor, al gran muro verde de espesa vegetación que se alzaba ante nosotros. La impresionante maraña de hojas y lianas se extendía a lo largo de la costa a derecha e izquierda hasta donde alcanzaba la vista, y escalaba el horizonte hacia las misteriosas cumbres del interior de la isla. Los árboles avanzaban osados más allá de sus dominios habituales, pisando las orillas y adentrando sus raíces en el mar, de manera que la línea real de costa resultaba invisible. Diversos monos y aves de blanco plumaje recorrían este bosque flotante a la caza de frutas y semillas, y bajo las raíces el agua se agitaba a ratos con la presencia de bancos de peces.

A pesar de que navegábamos a unos trescientos codos de la costa, para evitar posibles bancos de arena, el día era claro y podíamos ver muchos detalles. Me quedé mirando cómo uno de los monos intentaba alcanzar algo rojo parecido a una manzana. El fruto cayó al agua, y el animal bajó presto a las ramas inferiores para recuperarlo antes de que los peces dieran buena cuenta de él. Agarrándose con su cola prensil alargó la mano hasta casi tocar el botín que flotaba. De repente unas grandes fauces repletas de colmillos surgieron del agua. Luego un chapoteo y de nuevo todo estuvo en calma. El mono había desaparecido.

– Siak – dijo una voz cascada detrás mía. – Ni se te ocurra intentar penetrar en esa isla, grumete.

Yo ya sabía que se trataba de la isla Siak, aunque nunca la había visto hasta entonces. Y si algo de lo que cuentan es cierto, los marinos hacían bien en evitarla, como el viejo Telmur me acababa de advertir.

Habíamos tomado esta ruta, alejándonos del continente, para aprovechar el viento que en esta zona sopla del norte y que llaman *Hylimen*, permitiendo así que los remeros aborranan

## Reino de Aldor

fuerzas para más adelante.

Desde Talía habíamos navegado hacia levante hasta la isla Siak, para ahora costearla hasta su punta más meridional y de ahí partiríamos rectos hacia el sur con el viento en popa hasta la isla de Halsak y el estrecho lenico. Esa sería la etapa más dura de esta parte del viaje, pues serían muchos días en alta mar sin ver tierra alguna. Una vez hubiéramos cruzado el estrecho recorreríamos la costa norte de la Confederación Contia hasta Arkus.



En ese tramo nuestra principal preocupación será el peligro de un encuentro con los piratas pues, aunque formábamos una flota como no se había visto en estos mares desde hacía siglos, nuestras liburnas eran lentas en comparación con los veloces veleros contios. Intentaríamos por tanto navegar muy juntos, y así evitar posibles ataques a barcos aislados que habrían quedado desprotegidos hasta que el resto pudiera maniobrar para rescatarlos.

*Pero aún faltaban muchos días de travesía para divisar la tierra de los medianos.*

---

*Sexto día del mes de Vryllia de 6561*

*Avanzábamos junto a la lujuriosa selva siaka, una palpitante invitación y mortal amenaza a la vez. De la isla emanaba un poderoso hálito de vida y sensualidad, como los cantos de las peligrosas ninfas de los arroyos sagrados, y cuentan que terribles elfas guerreras la habitan, hermosísimas doncellas pero de letal puntería.*

*Sin embargo, y a pesar de los fantásticos relatos que los marineros contaban al calor del ron, al cabo de ocho días Aldor dio órdenes a los maestros navegantes y, para horror del viejo Telmur, fondeamos en una pequeña rada de la isla, al abrigo del viento que soplaba desde el noroeste. Aunque la costa seguía poblada por frondosos bosques parecía que la exuberancia iba cediendo a medida que avanzábamos hacia el sur, y la densa jungla era algo más rala ahora.*

*Únicamente debíamos reponer las reservas de agua dulce para el viaje, pues aún disponíamos de abundante comida a bordo de los barcos. Aún así Aldor no quiso correr riesgos, y cuando desembarcamos de los botes y pusimos el pie en la playa formábamos un contingente numeroso y bien armado. No tardamos en localizar un arroyo que, abriéndose camino a través de la tupida vegetación, desaguaba en el mar, por lo que comenzamos a llenar los barriles, que iban yendo y viniendo de las distintas embarcaciones en pequeñas chalupas. Era un trabajo pesado y hacía calor, pese a estar en el mes de Vryllia, así que nos turnábamos frecuentemente.*

*Cuando ya estábamos terminando la faena uno de los soldados del grupo dio un grito y disparó con su arco hacia el final de la playa, donde la arena daba paso a la oscura selva. Al mirar allí pudimos ver una especie de cerdo salvaje. El animal chilló al recibir el disparo en un costado y se escabulló internándose en el follaje. Antes de que pudiéramos*

detenerlo el soldado había echado a correr para recuperar la pieza y había desaparecido por el mismo camino. Entonces oímos un grito ahogado, que sólo podía provenir de una garganta humana, y luego nada más que silencio. Algunos hombres se dispusieron rápidamente a seguir al temerario cazador, armados con sus lanzas y machetes, para acudir en su auxilio. No habían dado más de dos pasos cuando una flecha salió silbante de la espesura y se clavó en la arena a sus pies. Era larga, de unos cuatro palmos, de madera oscura y con emplumado verde.

– ¡Alto! – gritó Aldor. – Que nadie entre en el bosque. Eso no ha sido más que un aviso. Recoged los toneles y retroceded lentamente hacia la orilla. ¡Todo el mundo a los botes!

Ningún movimiento delataba presencia alguna entre las ramas, y ni brillo ni ruido nos hubieran podido alertar de su vigilancia, pero enseguida todos tuvimos la impresión de estar siendo observados por muchos ojos hostiles. En nuestras cabezas resonaban claras las historias de las terribles mujeres arqueras de la isla, las peligrosas *síakas*, doncellas de sangre élfica que cazaban sin piedad a todo aquel que osara irrumpir en su bosque, salvo algún marinero ocasional que, según rezaba la leyenda, era raptado alguna vez para engendrar nuevas guerreras.

Cargamos los barriles apresuradamente y remamos con brío hacia las naves. Hasta que no izamos los botes y pudimos descansar a la sombra del aparejo no respiramos tranquilos, contentos de alejarnos de aquella playa mortal.

---

Ha pasado ya una semana desde la Batalla de la Empalizada, y estamos ahora en el año 6563. Si nuestros mejores deseos han hallado el beneplácito de los dioses la Golondrina y el resto de naves estarán ahora a salvo en los muelles arkusianos, y nuestras familias y amigos que allí esperan sabrán que hemos desembarcado a salvo.

Ymber se recupera poco a poco de la lucha, igual que mi maltrecho cuerpo. Aunque persiste el dolor ya las fiebres se han ido, y con ellas los sueños y alucinaciones. El inflexible Aasgiron, ahora convertido de guía espiritual en médico, no permitirá que me levante y trabaje antes de que transcurran otros cuatro o cinco días, así que intentaré aprovecharlos para relatar en este diario el resto del viaje que nos llevó desde las queridas costas de nuestra patria hasta el populoso y caótico puerto de Arkus, en las islas de los medianos.

---

*Vigésimo primer día del mes de Ruballa de 6561*

*Si la agreste selva de Siak nos había parecido misteriosa y temible, llegamos a añorar su presencia en cuanto hubieron transcurrido varios días de navegación en alta mar, en medio del océano y sin tierra a la vista. Normalmente los barcos eyneos navegan siempre de cabotaje, sin perder de vista la costa. Únicamente en lugares como este, donde los vientos son conocidos por soplar durante varios meses directamente hacia el destino, arriesgan los capitanes a desplegar la vela y adentrarse en el océano, implorando los favores de Jaqoh, dama del viento, y de Leit, señor de las aguas.*

*El sol era ya débil, pues era el mes de Ruballa, y el famoso Hylimen soplabla fuerte hacia el sur como esperábamos, pero los días grises, con frecuentes chubascos y neblinas, comenzaban a deprimir nuestros ánimos. Sin embargo mucho peores eran las noches, en las que el helado viento dejaba de ser un aliado y se convertía en un duro castigo para quienes debían permanecer de guardia en cubierta. En esos momentos los pensamientos se volvían al recuerdo de nuestros cálidos hogares en Eylenea, e incluso cristalizaban en murmuraciones y reproches.*

*Las aves marinas, que habían seguido nuestro rumbo a lo largo de la costa de Siak y mientras dejábamos atrás la pequeña isla de Carey que se encuentra justo al sur, ya no nos acompañaban, y no parecía haber más signos de vida que nosotros mismos. Sin embargo a*

partir de la cuarta noche las aguas se llenaron de una extraña fosforescencia, producida según Sibeler por algún tipo de seres diminutos que flotaban en la marea. Este débil resplandor verdoso añadía un toque aún más siniestro que la anterior oscuridad a nuestra flota en las horas nocturnas. Los hombres comenzaban a ponerse nerviosos, y las riñas y peleas se volvieron más frecuentes, estallando por cualquier nimiedad. En los oscuros rincones los marinos repetían historias de monstruos y naufragios, que no hacían más que empeorar los ánimos.

Por si fuera poco, el viento arreciaba con más fuerza cada día y el mar, cada vez más encrespado, agitaba nuestros barcos como cáscaras de nuez. Los niños y animales a bordo enfermaban mareados, y las velas hinchadas gemían como ánimas en pena, salvo las gavias que habíamos asegurado ante el fuerte viento. Aldor oteaba el horizonte meridional sin descanso, ansiando divisar la costa de Halsak o cualquier otra, pues la capa de nubes que ocultaba las estrellas desde hacía varios días incrementaba la incertidumbre sobre nuestra posición actual.

– Si no alcanzamos las tierras lénicas me temo que pronto podamos enfrentarnos a rebeliones y motines en las naves – me confesó esa noche, – eso si el temporal no nos hunde antes.

Realmente nuestra situación comenzaba a ser desesperada. Las horas se sucedían sin cambios, iguales pero cada vez más angustiosas. A pesar del fuerte viento que nos empujaba, habíamos perdido la sensación de avanzar, faltos de referencias fijas, y los días parecían formar parte de algún tipo de pesadilla cíclica de la que no podíamos escapar. La mar arbolada producía un continuo ruido sordo cada vez que las crestas de las olas rompían, y la abundante espuma formaba estrechas bandas en dirección sur. Los bardos callaban, y nadie reía.

Entonces algo ocurrió. El viento pareció amainar un poco, y un rumor profundo llegó

hasta nosotros desde el sur. Todos corrimos a proa y escrutamos el mar, con la esperanza de ver tierra, pero se trataba de una extraña ola que se acercaba rápido hacia la flota. Nuestros barcos seguían navegando a buena velocidad, por lo que pronto chocamos contra ella. No era una ola gigantesca, pero avanzaba en sentido contrario al viento. El casco se elevó de golpe, por lo que casi caigo al suelo.

– Esto no me gusta, grumete – murmuró Telmur, – no se ven olas solitarias sin motivo – el viejo marino me había cogido cierto cariño, y procuraba ponerse cerca de mí cuando surgía alguna amenaza. Ahora está muerto, las flechas orcas lo abatieron al comienzo de la batalla en Ymber.

En ese momento un grito surgió desde uno de los barcos que estaban más adelantados, y muchos brazos señalaron al frente. Al principio sólo vi un movimiento en las aguas, una zona con otro tono de gris. Después pude distinguir su cuerpo, era azul muy oscuro, casi negro, y el lomo que sobresalía de la superficie era tan grande como uno de nuestros veleros, por lo que el tamaño total del monstruo debía ser colosal. Parecía venir directo hacia nosotros.

Al principio pensé que debía tratarse de una ballena, como las que algunos pesqueros traían a veces a puerto desde las frías costas de Hyberia, quizá alguna variedad más grande. Sin embargo los rostros angustiados de los marineros me hicieron cambiar rápidamente de opinión. Comenzaron a gritar una palabra, *vigan*, mientras seguían señalando al enorme leviatán, y los navegantes corrieron a los timones para hacer virar los barcos y escapar a lo que fuera que venía hacia nosotros.

Las naves comenzaron a desviarse a babor o estribor para esquivar al monstruo, con una lentitud desesperante. En ese momento la bestia giró, dirigiéndose en línea recta a la embarcación más cercana, y pudimos ver todo su flanco. Con horror pude confirmar que no era ningún tipo de ballena, pues tenía patas traseras, terminadas en aletas como las

delanteras. Su vientre era más claro, de un color verdoso, y al inclinarse pudimos apreciar su verdadero tamaño, mayor que cualquier cosa que pudiera haber imaginado. Nuestros barcos intentaban alejarse frenéticamente, usando los remos además de las velas, pero todos pudimos apreciar que uno de ellos no lo conseguiría: la goleta más próxima, a la que el monstruo se acercaba inexorablemente. Nos quedamos inmobilizados en cubierta por el terror, viendo la espantosa escena. Al llegar a unas cuarenta brazas del navío el *vigan* se sumergió. Transcurrieron unos segundos eternos, y entonces la bestia surgió del océano, abalanzándose sobre la nave. Donde hubiera estado la cabeza redondeada de un pez o una ballena, vimos en cambio un cuello corto y flexible, y un enorme cráneo alargado, con feroces fauces como las de un cocodrilo. A pesar de su tamaño era capaz de impulsarse con gran fuerza, volcó el velero con facilidad y comenzó a destrozarlo con sus poderosas mandíbulas. En ese momento las aguas se arremolinaron a su alrededor, y varias cabezas monstruosas más asomaron a la superficie, más pequeñas que la de su madre pero igualmente dotadas de mortales dentaduras.

No viramos el timón, pues hubiera sido imposible auxiliar a los infortunados. Por suerte la Señora del Viento no nos había abandonado, y con el corazón encogido pudimos alejarnos de aquel maldito lugar con rapidez. Creo que la visión del enorme monstruo marino de afilados dientes y los gritos de horror de sus víctimas nos perseguirán a todos para siempre.

---

Vigésimo cuarto día del mes de Ruballa de 6561

Tras tres días del ataque hemos arribado a tierra por fin. Jamás unos áridos acantilados, barridos por el viento y cubiertos de arbustos pardos que se agarraban a la inclinada tierra con dificultad, nos parecieron un lugar tan bello y deseable.

## Kirkenash

Grunt sonrió. Escuchar los gemidos del sargento Magorr cada vez que el capitán bajaba el brazo y el látigo cortaba la espalda del orco casi compensaba el dolor por la estocada que él había sufrido en la batalla contra los asquerosos humanos. Además, aún le quedaba algo del oro obtenido por las botellas de vino; esta noche bebería hasta caer al suelo y olvidaría la herida.

— ¿Cómo no se te ocurrió que en cada uno de esos barcos cabían muchos más humanos que de costumbre? — había gritado furioso Kirkenash en cuanto hubo recobrado el aliento tras la lucha y la posterior huida a través del bosque.

¶ era verdad. A pesar de la partida de humanos que habían visto viajando hacia el sur, en el campamento quedaban muchos más de lo previsto, y todos habían mostrado gran dominio con las armas.

Pero eso no importaba a Grunt, contento por haber sobrevivido, pues sólo indicaba que habría otra nueva batalla, donde harrían a los humanos de esta tierra orca. Lo que había sido una escaramuza contra unos intrusos temerarios se convertiría pronto en un escarmiento para quienes se atrevían a penetrar en el territorio de la Horda, y además con aparente intención de quedarse.

De igual manera discurrían los pensamientos en la cabeza del capitán Kirkenash, quien descargaba su furia contra Magorr mientras temía lo que le haría a él Fian'dur, comandante del ala occidental. Como capitán del batallón Rocarroja la misión de Kirkenash era vigilar todo este sector y contrarrestar cualquier amenaza, pero aunque un grupo de humanos no representara ningún peligro para el imperio orco, el fracaso se pagaba caro en las filas de la Horda. El Señor de Udukán no toleraba a los incompetentes, y hoy se habían perdido muchos soldados.

El feroz capitán tiró el látigo al suelo con un gruñido y alejándose recorrió el estrecho sendero que cruzaba el fortín hasta su tienda, una gran carpa que exhibía el estandarte rojo pintado torpemente en la tela gris, montada junto al gran peñasco granate al que debía su nombre el campamento. Se inclinó sobre un grueso escritorio de cedro, cogió un trozo de cuero adobado, y algo torpemente garabateó unas notas con un cálamo de cuervo. Luego enrolló el cuero, lo unió con grasa de jabalí, y se acercó a una gran caja oculta en el fondo de la tienda bajo una lana sucia. Retiró la tela e introdujo el brazo por una abertura que había quedado al descubierto en la parte

superior de la caja.

- Asquerosos bichos – masculló mientras extraía un enorme murciélago peludo y volvía a tapar la caja. Agarrándolo por el cuello presionó un poco con su mano hasta que el animal abrió la boca, y entonces le introdujo el rollo de cuero con fuerza. El murciélago tragó con dificultad el mensaje mientras agitaba sus largas alas correosas.
- ¡Fuera, vuelve con tu amo! – gritó Kirkenash mientras lanzaba a su presa por la puerta abierta de la tienda. Al verse libre la bestia desplegó por fin las alas en toda su envergadura y habiéndolas lentamente voló hacia el noreste.

Mientras, en el otro extremo del campamento, Grunt vagaba entre los cuarteles y la zona de cocinas y talleres. Aunque ya había comenzado a gastar en licor el resto de su fortuna aún estaba lo suficientemente sobrio como para recordar que debía buscar un nuevo arquero – Makain había muerto en la batalla –, y que debía esquivar la zona de los Martillos de Bjoor<sup>8</sup>. Los enormes semiorcos estarían de pésimo humor tras la derrota, y matarían sin duda a quien osara molestarlos.

- ¿Dónde estará ese inútil de Orff? – gruñó, y a continuación lanzó maldiciones suficientes para el porteador y toda su prole.

En ese momento vio al enorme orco. Estaba entre dos tiendas, y hablaba con alguien que quedaba oculto en la sombra. Fue sólo un instante, y Grunt lo achacaría más tarde al licor ingerido, pero por un momento notó algo extraño en la escena. La expresión bobalicona y torpe había desaparecido del rostro de Orff, y miraba a su interlocutor con ojos astutos y decididos, además de amenazarlo veladamente con la mano en la empuñadura de su maza. Grunt se restregó los ojos e hizo ademán de acercarse, pero en menos de un segundo la sombra había desaparecido, y Orff se dirigía a él con su gesto lerdo habitual y su sonrisa estúpida.

- Hola, jefe. Orff tiene hambre. ¿Buscamos cena ahora?

En ese momento apareció Snev también. El muy cobarde seguramente se habría escondido como una rata durante la refriega y así había sobrevivido también.

8 Bjoor es el nombre que dan los orcos a Amal, dios de la guerra.